

Jean - Pierre Rassam enemigo de Clausewitz

cine|eXpres

PARIS

Judío, *métèque*, productor de moda, Jean-Pierre Rassam se encarga desde el despacho que tiene en el Plaza de insuflar un poco de actividad e imaginación dentro de la oxidada máquina del cine francés. «¿Quién soy? —se pregunta—. Un capitalista. Un capitalista productor de filmes. ¿Qué clase de productor? Mi trabajo es estimular al realizador, sobreexcitarle, aguijonearle. Para empezar, contrariamente a los otros primates de la profesión, yo entiendo un poco de cine. Por ejemplo, de Ferreri, yo había visto también *El cochecito* y *El pisito*.»

Preclara cultura de Jean-Pierre Rassam que, si en algo coincide con la vieja imagen del productor confeccionada por Hollywood, es en el innato sentido de la supervivencia en la jungla. Pero aquí acaba cualquier parecido. Si, según René Clair, Irving Thalberg inauguró una raza de productores el día que expulsó de su despacho a Stroheim por las quejas de éste a propósito de la mutilación de un filme, Jean-Pierre Rassam, por su parte, puso en pie toda una nueva metodología el día —no hace tanto— que le dijo a Ferreri respecto a *La grande bouffe*: «Esto queda corto, debería ser más asqueroso. Tú pon tus fantasmas, que yo ya me ocupo del dinero». Y Ferreri no se hizo rogar, y Rassam pasó de la nada a la gloria como productor de uno de los dos films más espectacularmente escandalosos del año (el otro sería *Le dernier tango a París*).

¿De la nada a la gloria? No exageremos. Antes de producir *La grande bouffe*, Rassam ya era alguien en el mundo del cine. Había conseguido al menos dos éxitos importantes. Uno: confiar en Jean Yanne —el actor— como director de filmes. Resultado: *Tout le monde il est bon, tout le monde il est gentil*, gran éxito de público y gran sorpresa para todas aquellas puertas que se habían cerrado ante las absurdas ideas del protagonista de *Week-end*. Dos: recuperar a Jean Luc Godard para el cine comercial con *Tout va bien*, extraño producto a medio camino entre las catacumbas y la carcajada feroz (realizado con la colaboración, dicho sea de paso, de Gorin).

Pero ese enemigo de Clausewitz (y seguidor de Napoleón), ese joven dispuesto a comerse el mundo de dos bocados, que es al mismo tiempo defensor de los palestinos —pese a ser judío— y detractor de la mujer —en Nueva York sufrió un severo castigo por parte del MLF— suma a su condición de conocedor del cine una gran pasión por el negocio. «Los otros —dice refiriéndose a los productores— nunca han hecho comercio, ni uno ha estudiado las finanzas, ninguno sabe lo que es la gestión. Yo en cambio domino perfectamente esos asuntos». Y añade: «Yo he vendido. De todo. He vendido incluso vacaciones. Después vendí zanahorias, mientras, de lejos, estudiaba Ciencias Políticas. Y como tenía una novia que amaba el dinero —pobrecilla— iba a la Bolsa. Todos los días, durante cuatro años, de 12'30 a 14'30. Entonces, bien: el dinero, yo lo conozco».

Y tanto si lo conoce. El dinero y la intuición. Este año, además de *La grande bouffe*, Rassam ha estrenado el segundo filme de Yanne, *Moi j'en ai voulu des sous* y el primero de un joven realizador sin esperanzas, Jean Eustache, con el título de *La Maman et le Putain*. Ambos han resultado verdaderos éxitos de taquilla, con sorpresa en el caso de Eustache: nadie hubiera dado cinco céntimos por ese chico de cabello largo y filme inacabable. Y sin embargo, Ras-

sam apostó y ganó, una vez más. Es un problema de clarividencia.

Y el ex alumno de Sciences Po es un clarividente, un clarividente sanguineo, activo, febril. Un anarquista, como Jean Yanne, al que para hacerle feliz le ha comprado el Vieux Colom-bier. Es decir, un anarquista de derechas. «Soy un capitalista —afirma—. Nadie se atreve a decir nunca esto, como si se tratara de una vergonzosa enfermedad venérea». Pero Jean Pierre Rassam sí que se atreve; él prefiere llamar a cada cosa por su nombre, sin aborrazarse las palabras de tamaño onomatopéyico: «La gente del cine no me despierta ninguna gran pasión, ya que al fin y al cabo ¿qué son? Gente que aburre al público con complicadas teorías y que venden super-intelectuales fracasados, abruptos, sucios y malas personas. Por ejemplo, la *Nouvelle Vague*». ¡Uff! Durante años torturó al espectador, que hasta ahora no empieza a reponerse. Ni se ahorra tampoco los más diversos insultos para sus ex colaboradores, sus actuales colaboradores o sus futuros colaboradores. Jean Pierre Rassam, judío, *métèque*, productor, destila tanta actividad como veneno. Todos los mitos «de moda» son descabezados, destrozados, por una lengua —la suya— que no podríamos dejar de calificar de viperina. La política —«yo no hago política desde 1961»—, las mujeres —«las chicas son la vida; dicen tonterías, pero, en fin, tienen hermosos senos»—, la cultura —«Druon tiene razón cuando dice que no se puede tener el platillo en una mano y el coc-tel Molotov en la otra»—. Todos los mitos menos, naturalmente, uno: el central, el nudo de la cuestión desde siempre, el sistema económico. Jean Pierre Rassam es un vivo muy considerable, produce películas extremadamente divertidas, conquista mercados y dinamiza el cine francés. Pero, ¿dentro de qué reglas del juego? «Yo soy capitalista» afirma, y parece que todo queda claro para ese «enfant terrible» dispuesto a depositar la duda sobre el mundo menos sobre la base fundamental, el sistema económico.



Portrait

Detrás de sus ojos brillantes no es difícil hallar la chispa de la astucia, detrás de algunas de sus películas —sobre todo las dirigidas por Yanne— no es complicado descubrir una buena dosis de material encubridor. Jugar con las palabras es toda una técnica. Jugar con el espectáculo todo un arte. Pero despotricar contra el sistema sin rozarlo, siquiera es más que una técnica o un arte. Nos enfrentamos a una sutileza. Jean Pierre Rassam al que le gustan los bares, las calles por la noche, el bullicio de la ciudad, el que le gusta gritar, ejercerse en megalómano, al que le gustan las chicas porque tienen hermosos senos, también ama según parece el difícil género del «travesti» y por las noches, cuando todo el mundo duerme, él se pasea por la ciudad disfrazado de espectro, súbito, el espectro de la nueva conciencia europea: asepsia ideológica y atornillamiento para la mejor obtención de plus-valía. La fabricación del producto se convierte así en la novena parte que siempre esconde el iceberg, y la confusión del sistema de relaciones de producción inunda el paisaje. Sin embargo, para Rassam, el enemigo —al contrario de Thalberg— ya no es Stroheim, sino el técnico sindicado. La emulsión que desvela la cinta tanto le da a Rassam que vehicule anarquismo de derechas o de izquierdas, mientras su venta produzca beneficios. Para Rassam ha pasado a ser infinitamente más importante controlar al personal (una huelga durante el rodaje de uno de sus filmes sacó al amigo de Napoleón de sus casillas) que controlar a «autor». Este al fin y al cabo sólo produce ideología, el personal en cambio, puede perturbarle el sistema de créditos. Entre Thalberg y Rassam una cierta desviación ha habido en el punto de mira de los intereses de los intereses de una industria, una cierta perspectiva ha variado en los intereses globales de un sistema. Por eso, Jean Pierre Rassam estrenará el año que viene su segunda colaboración con Ferreri —*La vraie mort du général Custer*— y el último filme de Godard, de nuevo solo tras la cámara. Por eso también estrenará *Les Chinois* de Jean Yanne y un proyecto viejo de veinte años de Robert Bresson, *Le Graal*. San Agustín diría que Jean Pierre Rassam forma parte del principio de contradicción que rige el mundo. San Agustín y otros autores más modernos.

Josep Ramoneda
Félix FANES

¿UN LEON EN LA CAMA?

THE FOLKS WHO CONQUERED THE ROMAN EMPIRE, LOST THE CIVIL WAR, SMASHED THE THIRD REICH, AND CHARTED THE UNIVERSE...

NOW GIVE YOU LAS VEGAS.



El pueblo que conquistó el Imperio Romano, el de la última guerra civil, el que aplastó el III Reich y que exploró el Universo... ahora le ofrece Las Vegas.

Así reza el anuncio que publica «Variety» —el semanario norteamericano para los profesionales del espectáculo— por el que sabemos que ha sido ya inaugurado el Metro Goldwyn Mayer Gran Hotel de Las Vegas. Con sus 2.100 habitaciones y «suites», con sus 100 millones de dólares de fantasía, con sus seis restaurantes, con su cancha de «jai alai», capaz de albergar a 2.200 espectadores, con su cine MGM, etcétera, etcétera. La primera figura que pisó la pista de su «Celebrity boom» ha sido, como no, Dean Martin. Lo que no dice el anuncio es si, efectivamente, cada una de esas 2.100 habitaciones tiene, además del número, o puede que sustituyéndolo, el título de alguno de los grandes éxitos de la MGM productora de cine, o el nombre —y por qué no la efigie— de sus estrellas favoritas. Cuando la Metro anunció la radical limitación de sus actividades como industria cinematográfica se rumoreó que una de las causas podría ser la construcción de un hotel en Las Vegas. Hala así. Si aquellos rumores eran ciertos, este hotel de